respondencia á la gracia; mérito tanto mas grande, cuanto que no siendo esta correspondencia siempre exacta, y siendo Dios mas exijente á proporcion que ha sido mas liberal, es preciso á veces redoblar mucho la asiduidad para reconquistar sus favores perdidos por nuestras negligencias. Si estas negligencias se reiteran ó se agravan, la gracia de Dios disminuye en la misma proporcion: sus visitas, en otro tiempo tan familiares, se hacen cada vez mas raras, y, como una esposa contristada y dignamente celosa, se retira, se encierra en sí misma y se calla. La concupiscencia prevalece entonces como la concubina y el esclavo; entorpece el entendimiento, deprava el corazon y causa con la pérdida de la gracia eficaz la de la gracia suficiente, con la ruina del sentimiento religioso la del sentimiento moral, con la estincion de la fé la ceguera de la razon, hasta que despues de haber recorrido todos los grados de la impiedad, llega al término, que es la burla y el desprecio.

6.° Pero ¿qué estamos haciendo nosotros ahora publicando estas verdades, mas que esponerlas quizás á este desprecio?.... ¡Qué importa! La divina gracia tiene en efecto muy buenos defensores: sin evocar aquí todas las grandes almas que ella formó, bastará recordar que fué obra suya la rápida conversion de todo el género humano al Evangelio. Pero aunque no fuera así; aunque estuviera reducida á una sola alma, seria bastante para vindicarse á sí misma, para asegurar á esta alma contra el escepticismo de todo el universo, y consolarla de su desprecio: esto fué lo que hizo con sus primeros apóstoles.

El fenómeno de la gracia para todos los que se hallan favorecidos por ella es demasiado positivo, demasiado constante, íntimo y sensible, para que puedan creerse ni un solo instante víctimas de una ilusion. Este fenómeno lleva en sí su evidencia. Que los que nunca la han esperimentado la ignoran, lo concebimos y no nos admira; pero que la nieguen y la conviertan en objeto de escarnio, es una temeridad imperdonable y no puede dejar de causarnos lástima, como si un ciego negase la ecsistencia de la luz del dia. No deben fiarse, sobre este punto, ni en la fuerza de su razon, ni en la sagacidad de su talento, ni aun en su estudio sobre los misterios del corazon. La gracia pertenece á un órden enteramente distinto. No se presta á las especulaciones, ni deriva de ninguna de las fuentes de nuestros conocimientos. Sobrenatural y eficaz, se acompaña con los sencillos de corazon y se da á los hombres de buena voluntad, cualesquiera que estos sean. Todo el genio humano no puede procurársela, y ella se entrega á los mas pobres talentos, y llega á ser en ellos una especie de genio. Perfecciona la razon y la virtud en los que se hallan mas felizmente dotados de ella, y les inspira una resolucion y firmeza superiores á la naturaleza; y para los que no la poseen, crea un instinto que vale mas que la razon, y una sabiduría mas segura que la virtud. No se posee la verdadera fé sin poseer la gracia, y teniendo la gracia se tiene tambien la fé; se tiene la intuicion de la verdad divina. Los que creen comprender mejor el cristianismo, que tienen la fé del espíritu, ni siquiera sospechan lo que es, hasta que han esperimentado los efectos de la gracia y obtenido la fé del corazon; así como aquellos cuya incredulidad se cree estar enteramente segura, ni por asomo se figuran que ecsista este poder, que en un momento puede abatirlos á sus piés como unos niños.

En una palabra: lo repetimos; figuraos un ciego á quien se le diera de repente la vista; tal es, sin duda, la revolucion que obra en una alma la entrada de la gracia. Esta comparacion ademas la hizo una inteligencia que habia esperimentado sus efectos y que los cuenta del modo siguiente:—"Para "mí, dice, hubiera sido el mayor de todos los mi-"lagros el hacerme creer firmemente en el cristia-"nismo.... Y he aquí que por una iluminacion re-"pentina, me sentí tan ilustrada y de tal modo tras-"formada por haber encontrado lo que hacia tanto "tiempo estaba buscando; se derramó en mi cora-"zon una alegría tan dulce y una fé tan sensible, que "no hay palabras capaces de espresarlo, é hice la "aplicacion de la bella comparacion del ciego á las "verdades de la religion y de la otra vida.. . El "misterio que me parecia mas increible, la presen-"cia real de nuestro Señor, la sentí como se sien-"ten las cosas visibles y de las cuales no se puede "dudar.... Mi ejemplo, añade, debe enseñaros "que hay cosas muy escelentes y admirables que se "escapan á nuestra vista, y que no porque no las "podemos comprender ni imaginar son menos ver-"daderas ni menos apetecibles.—En efecto, añade "Bossuet, cuyo candoroso talento era tan á propó-"sito para esponer el milagro de aquella conver-"sion; en efecto, falta un *sentido* á los incrédulos "como al ciego; y este sentido lo da Dios conforme "á aquellas palabras de S. Juan: *Nos dió un senti-"do para conocer al verdadero Dios, y para vivir en "su verdadero Hijo* (1)."

¿Qué podemos decir, despues de esto, á los que tienen la desgracia de estar privados de la gracia? Dirijirles aquellas palabras del Salvador á la Samaritana: "¡Si supierais lo que es este dón de "Dios!!!"

Estudiemos ahora los medios de adquirirla.

II. La gracia, considerada en su principio (pues hasta aquí no la hemos definido mas que en sus efectos), es *la vida divina en nosotros* (1).

Para comunicárnosla podia Dios obrar inmediatamente sobre nuestra alma, y esta manera de obrar de la gracia tiene lugar algunas veces. La simple elevacion de nuestros corazones hácia él, por medio de la oracion, podria ademas atraer sobre nosotros sus frutos, efecto que la oracion produce todos los dias, y que le ha valido ya el nombre de *canal general de las gracias*. Por otra parte, la oracion es indispensable para el buen écsito de los demas medios particulares de que vamos á tratar, y que son como su cultivo.

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*
(2) *Semen Dei, participatio quaedam naturae divinae.* (Sto. Tomas.)

Aparte de esta accion inmediata de Dios sobre el alma; aparte de este medio de la oracion, Dios ha instituido, en efecto, medios particulares de comunicarnos sus gracias; medios obligados, por lo mismo que están á nuestro alcance, á los cuales puede disponernos la oracion, y sin los cuales ella misma se agosta muy luego.

Estos medios son los *Sacramentos.*

1.° ¿Qué es *Sacramento?—Es un signo visible de la gracia invisible, instituido para nuestra santificacion* (1).

En esta definicion dominan dos caractéres, que es menester tener muy presentes.—Los sacramentos son *signos*, es decir, *imágenes sensibles* de lo que la gracia de Dios obra invisiblemente en nuestras almas, y que tienen por objeto el recordárnoslo.

¿Es esto todo, y no son los Sacramentos otra cosa que signos símbolos?—No; poseen ademas la virtud *de obrar lo que significan.*

Dios, que podia generalizar sus gracias, las ha concretado, en lo que tienen de mas eficaz, en los Sacramentos que son como sus canales. Indudablemente estos medios no son *para él* esclusivos; y, fuera de los Sacramentos, tiene mil caminos para llegar inmediata ó mediatamente hasta nuestras almas y hacerles sentir los toques de su gracia; pero ha querido escojer el camino de los Sacramentos, y de sujetarnos á ellos de una manera muy particular, hasta el punto de hacer este camino esclusivo *para nosotros*, pues que es él solo que depende de nosotros el escojer.

Entretengámonos por un momento estudiando la sabiduría de esta divina institucion de los Sacramentos. Empecemos observando bien los dos caracteres que los distinguen: son á la vez *signos* y *ajentes* de la gracia; tienen la doble virtud de *representar* y de *producir* la justicia y la santidad.

Es pues preciso distinguir cuidadosamente los demas signos usados en la Religion, como las imágenes, las ceremonias, aun las que acompañan ordinariamente la administracion de los Sacramentos, y que en rigor no forman parte de ellos; es preciso, decimos, distinguir entre esto y el cuerpo de los mismos Sacramentos. En estos con el signo concurre el efecto, con la imágen la realidad.

En su epístola á los romanos, dice S. Pablo, hablando del universo, que *las invisibles perfecciones de Dios se hacen en él visibles por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas.* Si las criaturas, ademas de manifestarnos las divinas perfecciones, tuviesen la propiedad de comunicarnos estas perfecciones, podriamos decir que son otros tantos Sacramentos.

Segun el Génesis Dios habia concedido esta virtud a una de sus criaturas, desde antes de la caida del hombre. En medio del paraíso terrenal habia colocado un árbol misterioso, llamado *el árbol de la vida*, cuyo fruto debia ser para el hombre un alimento de inmortalidad; y á juzgar de sus efectos por los del *árbol de la ciencia del bien y del mal*, podemos creer que eran tan morales como físicos, y que debian producir la santidad en el alma, así como la salud en el cuerpo.

(1) Definicion de S. Agustin, que está admitida en los catecismos.

Siendo esto así, puede decirse que el *Sacramento* es de institucion natural.—Como consecuencia de su infidelidad, incurrió el hombre en la pérdida del beneficio de esta institucion. "Impidamos, di-"ce Dios en el Génesis, que Adam no alargue qui-"zá su mano, y tome tambien del árbol de la vida, "y coma, y viva para siempre.... Y el Señor Dios "echó á Adam del paraiso del deleite, y á su entra-"da puso querubines que lo guardasen, y andaba "alrededor para guardar el camino del árbol de la "vida (1)."

Escluido así el hombre de la participacion del Sacramento del *árbol de la vida*, debia morir eternamente. Pero Dios, que habia resuelto salvarlo, entonces mismo le prometió volverle á dar este Sacramento bajo una forma mas noble, mas inmediata, mas gloriosa para él; es decir, segun S. Juan, que LA VIDA *misma que era el principio*, debia venir á vestirse de nuestra humana naturaleza y manifestársenos de nuevo, pero bajo la forma que convenia al hombre pecador, bajo la forma de esclavo y de víctima, y hacerse por medio de su expiacion el principio, el alimento y la fuente de nuestra nueva justificacion (2).

Tal es Jesucristo. Es como un nuevo *árbol de vida* plantado en medio de la humanidad, para purgar en ella los efectos del *árbol del bien y del mal.*

Convertidos, por nuestra participacion original de este último, en ramas *silvestres* que no dan mas que fruto emponzoñado, no podemos volver á ser *perfectos* como antes, hasta que habremos sido INJERTADOS EN JESUCRISTO, y que, *participantes de su muerte expiatoria, hayamos tambien llegado á ser participantes de su resurreccion* (3).

Por esto decia Jesucristo: "Yo soy la verdade-"ra vid que da á sus sarmientos el alimento y la vi-"da; como el sarmiento no puede de sí mismo lle-"var fruto si no estuviere en la vid, así vosotros "no podeis hacer ninguna obra saludable si no estu-"viereis en mí (4)."

La muerte de Jesucristo es el principio y la fuente de esta santificacion. Es como la *incision* por la cual se nos comunica la savia de la divina gracia, que poniéndonos á todos en un estado semejante y correspondiente de mortificacion, nos *injerta* en él, derramando sobre nosotros esa gracia preciosa que nos hace participantes de la misma vitud de Dios y nos pone en camino de poder volver á la inmortalidad, de la cual fuimos escluidos.

Jesucristo en su pasion y muerte, es como el tronco de los Sacramentos: él mismo es el Sacramento de los Sacramentos; estos no son mas que las ramas por las cuales se estiende y comunica á la humanidad. Es necesario estudiar el conjunto de este divino plan.

(1) Génesis, cap. 3, v. 22 y 24.
(2) Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ, et vita manifesta est.
(3) San Pablo, *á los Rom.* 6, 5.
(4) San Juan, 15, v. 4 y 5,

De Adam pecador, se trasmitió la concupiscencia á toda la humanidad, y de Jesucristo mediador, volvió la gracia á esta misma humanidad.—La concupiscencia se trasmitió de Adam á nosotros por el canal de la generacion; la gracia se trasmitió de Jesucristo á nosotros por el canal de los Sacramentos.

Por la generacion carnal de Adam nacimos corrompidos, esclavos del mal, hijos de malicia y corrupcion; por la generacion sacramental de Jesucristo nacimos purificados, nos hacemos libres, hijos de justicia ó inmortalidad.

Por la via de los Sacramentos, Jesucristo es para el bien lo que por la via de la generacion fué Adam para el mal. Es el nuevo Adam en quien podemos renacer de nuevo. El pecado original, que inundó con sus consecuencias todo el género humano, ha encontrado en él solo una solucion de continuidad, y no solamente una solucion, sino una reaccion en la gracia original, de la cual es orígen y por la cual todos los hombres, hasta el mismo Adam, habrán podido ser justificados.

¿Puede darse una doctrina mas sintética, mas luminosa, mas consoladora?

2.° A primera vista indudablemente parece esta doctrina algo estravagante; pero ¿qué no hay estravagante en todo lo que concierne á los fines del hombre, á menos que sea para los que en nada reflecsionen?

Vacilar en abrazar la Religion, porque encierra cosas estravagantes, es una verdadera contradiccion: siendo propio de la Religion arrancarnos de nuestro estado natural de ignorancia, debe contener de necesidad cosas que naturalmente ignoramos nosotros, cosas nuevas, sobrenaturales, estravagantes en la apariencia. De donde se sigue que, á menos de ignorar que todo lo ignoramos, que seria la peor de todas las ignorancias; á menos de ser insensibles á este estado, que seria la peor de todas las insensibilidades, es preciso admitir la estravagancia en materias de religion como una condicion virtual de verdad.

Este pensamiento, aunque elemental, no se nos alcanza casi nunca, y debemos recordarlo siempre y conservarlo en nuestra memoria como un correctivo de nuestra incredulidad. En el presente estudio vamos á ecsaminar sus aplicaciones en su parte mas misteriosa, porque es la mas intrínseca de todo el cristianismo.

Hay otra reflecsion, igualmente muy sólida y ecsacta, que debemos en general tener presente y sobre todo aquí.—Los puntos mas misteriosos de la doctrina cristiana corresponden á otros tantos puntos de nuestra naturaleza, mas corrompidos todavía, y tienen por objeto esplicarlos y hacerlos desaparecer, con la inmensa ventaja de que los misterios de nuestra naturaleza en sí mismos son absolutos, inconciliables, desesperantes, y los misterios de la Religion presentan un encadenamiento luminoso que los esplica unos por otros, y sobre todo, una virtud vivificante que demuestra sus principios por medio de los resultados.—Por ejemplo: al lado del misterio religioso de la gracia se encuentra, como vimos, el misterio natural de la concupiscencia; misterio mucho mas absoluto, mucho mas inconciliable en sí mismo con la idea de órden á la cual todas las demas ideas nuestras deben encaminarse.—Y si del hecho de la concupiscencia pasamos al fenómeno de su trasmision, encontraremos la misma estravagancia, mas grande que en la trasmision de la gracia.

¿Qué es lo que nos parece tan estravagante en la trasmision de la gracia? Es que *la inclinacion al bien* es en nosotros fruto del mérito de otro, de Jesucristo.—Pero *la inclinacion al mal*, ó la concupiscencia que nos invade ya al nacer, ¿es fruto de nuestro demérito? ¿No debemos creer que precede en nosotros á la accion de nuestra libertad, y no solo que la precede sino que la paraliza?

¿Puede haber estravagancia en que un fenómeno enteramente espiritual, como la gracia, nos sea comunicado por conductos materiales y sensibles como los sacramentos?—Y ¿por dónde se nos comunica la concupiscencia, sino por el conducto material de la generacion?

Esplicadnos cómo el acto ciego de la generacion, el conducto de la carne y sangre, nos trasmiten con las enfermedades del cuerpo las del alma, y os esplicaremos cómo la participacion sensible de los sacramentos obra su curacion. Esplicadnos nuestra solidaridad carnal en Adam, y os esplicaremos nuestra solidaridad espiritual en Jesucristo. Esplicadnos, en una palabra, la concupiscencia por medio de la generacion, y nosotros os esplicaremos la regeneracion por medio de la gracia.

Si apuramos mas las cosas, veremos que la gracia y su trasmision son mucho menos inconcebibles que la concupiscencia. Si la gracia nos viene de Jesucristo, si nos viene por conductos materiales, es menester otra cosa para que podamos alcanzarla: nuestra *voluntad*, nuestro propio *mérito;* siendo así que nuestra voluntad y nuestro *demérito* permanecen estraños á la trasmision de la concupiscencia.—El misterio del misterio, si podemos decirlo así, es que la depravacion de la voluntad en la raza humana se trasmite sin el concurso de la voluntad, lo cual no sucede en el misterio de la gracia, en el que la trasmision del bien no se efectúa sino por la adhesion sacramental de la voluntad humana á la divinidad de Jesucristo.

Desterremos pues esos temores pueriles que escitan en nosotros los misterios de la Religion, mucho menos difíciles que los de la naturaleza. Esto seria tener miedo á su sombra, porque el misterio nos sigue y va siempre pegado á nosotros como nuestra propia sombra. Solo los espíritus flacos nada creen ó lo creen todo. La fuerza y rectitud del entendimiento, la verdadera filosofía consisten en evitar la supersticion y en abrazar una fé racional. Y ¿qué mas racional que la fé cristiana? ¿Qué mas decisivo, á parte la sabiduría que nos revela el estudio de sus misterios, que la prueba de la esperiencia, á la cual ella misma apela por medio de estas hermosas palabras de su autor: "El que haga "la voluntad de mi Padre, conocerá si mi doctrina "procede de él, ó si yo hablo por mi propia autoridad?" Pero prosigamos.

3.° Un estudio concienzudo puede descorrer

muchos velos, haciéndonos descubrir en la institucion de los sacramentos razones tan sólidas como numerosas.

La primera y mas clara es la siguiente: si el hombre no hubiese tenido cuerpo, se le hubieran dado los verdaderos bienes despojados de toda envoltura estraña; pero ya que el alma se halla unida á un cuerpo, era preciso que las cosas sensibles fuesen para ella un medio de conocer las cosas invisibles. Este es el órden de la naturaleza. Nada llega hasta nuestra alma sino por la mediacion de los sentidos, de donde tomó orígen aquel adagio escolástico, verdadero en sí: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.* No queremos decir que esta ley sea absoluta, pero al fin es ordinaria y natural; de donde se sigue que la trasmision de la gracia por el conducto sensible de los sacramentos es menos estravagante que si se efectuara de una manera inmediata é innata.

Esta primera razon se corrobora con la siguiente: no adquiriendo nosotros la gracia como la concupiscencia, *involuntariamente*, como ya hemos visto, es necesario que correspondamos á ella. Por consiguiente, esta correspondencia supone de parte de Dios una advertencia para disponernos á ella, y de parte nuestra la manifestacion de sometérnosle, lo cual se efectúa con los sacramentos, que son como los puntos de reunion de la gracia de Dios y de la felicidad del hombre; y supone tanto mas el empleo de estos medios sensibles, cuanto que el hombre es parte correspondiente en esta divina comunicacion.

A nuestro espíritu, por otra parte, le cuesta trabajo creer en las cosas que solo ve en promesa: así vemos que toda la historia de la Religion desde su principio ofrece una serie de signos y figuras, por cuyo medio Dios recordaba y confirmaba la certidumbre de sus promesas. Era pues conforme á esta ecsijencia de nuestro espíritu y á esta conducta de Dios, que Jesucristo al prometernos el perdon de nuestras faltas, la gracia celestial y la comunicacion del Espíritu Santo, estableciese signos sensibles que fuesen como los gajes de su alianza con nosotros, y las infalibles garantías de su fidelidad en cumplir lo que nos habia prometido.

No olvidemos tampoco que el hombre está destinado por la naturaleza á vivir en sociedad con sus hermanos, y que la Religion estrecha y consagra los vínculos de esta sociedad. Ninguna sociedad de hombres, á cualquiera religion verdadera ó falsa que pertenecieren, puede componer un cuerpo, si estos hombres no están enlazados por algun signo ó señal sensible que los una entre sí, y que los distinga de los que quieran permanecer apartados de esta sociedad. Los sacramentos producen este doble efecto: distinguen á los cristianos de los infieles, y son como el lazo sagrado que los une y liga entre sí. Por medio de los sacramentos profesamos esteriormente nuestra fé y la hacemos pública en el mundo. Por su comun participacion nos sentimos inflamados de esa caridad que debe animarnos mutuamente á todos, pues nos unen con los lazos mas indisolubles y sagrados, y nos hacen miembros de un solo y mismo cuerpo en el tiempo y en la eternidad.

Hay todavía otra razon de la institucion de los sacramentos muy importante á los ojos de la piedad cristiana, y es que doman y reprimen el orgullo del espíritu humano, y nos inclinan á la práctica de la humildad. Habiamos abandonado á Dios de una manera indigna para entregarnos á las criaturas, y los sacramentos nos obligan á prescindir de las cosas sensibles para sujetarnos á la voluntad de Dios.

En fin, hay otra razon mas profunda y mas inmediata. La hemos esplanado ya en otro lugar, hablando del dogma de la encarnacion, y nos limitaremos á recordar el pasaje.

"De hecho:—las tradiciones universales de acuer-
"do con la alta filosofía, nos han señalado suficien-
"temente la causa:—el hombre se habia hecho gro-
"sero y carnal; su alma se habia ido poniendo den-
"sa hasta identificarse con la carne, en la cual se
"halla sepultada como en un sepulcro; cada vez
"mas entregada á los sentidos y enteramente dis-
"traida al esterior, no veia ya nada, nada compren-
"dia de las cosas del espíritu, y las puertas del
"mundo invisible estaban, por decirlo así, cerradas
"para ella.—En este estado, la razon pura, abstrac-
"ta é ideal se le hubiera presentado en vano, ¡qué
"digo! no habia dejado aún de presentársele siem-
"pre; pero su celestial resplandor era neutralizado
"por nuestras tinieblas, y no era sino como una cen-
"tella divina oculta entre escombros.—Para volver-
"se á dar al mundo, era pues necesario que la RA-
"ZON cambiase el medio de su comunicacion y que
"se adaptase á nuestra flaqueza. Era necesario
"que dejase las profundidades de lo invisible y ab-
"soluto, y se dejase ver bajo una forma y por me-
"dio de atributos esteriores y sensibles, á fin de
"volver á entrar en seguida por las puertas de los
"sentidos en nuestro interior, y reedificar en él *el*
"*hombre espiritual.* Era necesario que siguiese al
"hombre por las sendas en que se habia estraviado,
"y que tomándolo por la mano lo hiciese volver á
"subir por el mismo camino, de la carne al espíritu,
"de lo visible á lo invisible, de la fé á la inteligencia,
"de las tinieblas á la luz. A este efecto era preciso
"que la misma razon, que debia ser este camino de
"retorno, se adoptase á nuestra ceguera velando
"parte de sus resplandores, se hiciese visible y car-
"nal, y que todas las virtudes que queria hacernos
"practicar las hiciese oir á los oidos, ver á los ojos,
"tocar á las manos, y en fin, que las inoculase en
"esta misma carne *espiritualizada* por su gracia,
"como en el estado de naturaleza habia sido el *es-*
"*píritu carnalizado* por el pecado.... Pero nues-
"tro estado de flaqueza ecsijia que se infundiese
"por sí misma en nuestros corazones, como un di-
"vino remedio, en el estado de encarnacion y de fé
"para brillar despues interiormente en el estado de
"razon pura y de perfecta inteligencia (1)."

Esto deciamos en nuestro estudio sobre la encarnacion del Verbo; pero es tal la unidad de nuestro asunto y la relacion de los Sacramentos con el mis-

(1) Veanse las págs. 474 y 175 de los presentes *Estudios.*